

De la sensualidad a la violencia de género

Héctor Domínguez Ruvalcaba*

Porfirio Miguel Hernández Cabrera
Universidad Autónoma de la Ciudad de México

De la sensualidad a la violencia de género. La modernidad y la nación en las representaciones de la masculinidad en el México contemporáneo es un erudito análisis cultural de la construcción de la masculinidad, pero no como una identidad individual o colectiva, sino como una identidad de género nacional. A lo largo de este ensayo, Héctor Domínguez utiliza la categoría género en una versión más amplia para entender los procesos histórico-sociales de configuración de esa identidad en el México contemporáneo, “como una categoría de análisis del Estado” (p. 17), incluyendo sus políticas culturales y sus representaciones sociales particulares. El libro presenta una historia cultural de la masculinidad mexicana a través de una exhaustiva revisión de casi todas las manifestaciones artísticas desde finales del siglo XIX hasta principios del XXI. Esta aproximación implica necesariamente estudiar las relaciones dialécticas entre lo masculino y otros procesos socialmente construidos. Así, de entrada, el autor establece que la homofobia y la misoginia son la otra cara de la moneda del machismo, mediante la cual se refuerza la construcción de lo que en el imaginario nacional se entiende como “masculinidad”.

Desde una perspectiva externa y no implicada, alguien se podría preguntar: ¿qué relación existe entre el estudio de la construcción de la masculinidad y la conformación del Estado mexicano contemporáneo?, ¿qué tienen que ver los personajes de la película *Los tres García* con la misoginia, o los de las novelas de la Revolución mexicana con la homofobia?

Las respuestas a estas preguntas están relacionadas con la perspectiva del autor y con su intención de, parafraseándolo, “hacer visible lo oculto [...]” (p. 141) y “hacer una lectura deconstructiva” de sus objetos de estudio. Héctor Domínguez hace una lectura *queer* de obras artísticas clásicas de la cultura nacional que deve-

* Héctor Domínguez Ruvalcaba, *De la sensualidad a la violencia de género. La modernidad y la nación en las representaciones de la masculinidad en el México contemporáneo*, México, CIESAS, 2013.

lan, con otra visión, las relaciones homo-sociales, la homofobia y el homoerotismo subyacentes. La revisión del investigador está puesta en lo que los otros no han visto. Es una mirada novedosa a los mismos objetos de estudio de otros investigadores y, en consecuencia, genera un conocimiento nuevo, hasta cierto punto inédito, un saber valioso sobre temas y problemáticas que generalmente se soslayan por la homofobia y la misoginia, también existentes en el ámbito académico. La aproximación del autor es el resultado de una mirada diferente sobre "lo diferente", de eso que siempre ha estado ahí, pero que nunca había sido visto de esa manera. Es una visión posmoderna en la que las obras artísticas son interpretadas con nuevos significados, como representaciones de procesos socioculturales vinculados a las relaciones de género y sexuales en el ámbito nacional. Al respecto, el autor señala que opta por "una lectura erótica como un elemento fundamental en la dinámica de los cuerpos que constituyen la imaginación nacional [...] (p. 68), enfatizando "la estructura corpórea para encontrar que el cuerpo masculino es la forma más visible de lo nacional" (*idem*). Así, para Domínguez la historia nacional puede ser leída como "una narrativa centrada en el varón", en "la hegemonía del patriarcado".

De esta manera, el investigador no inventa lo que no está presente en los ejemplos a que alude; más bien, mediante su perspectiva diferente, lo destaca y lo analiza utilizando un marco teórico-conceptual que le permite interpretar eso que se ve de otro modo. Así, no basta con mirar diferente, sino que hay que tener un marco interpretativo diferente para explicar lo que es invisible para los demás. En este sentido, Héctor Domínguez parte de los estudios culturales, esa híbrida y posmoderna área del conocimiento que se vale de la historia en general, de la historia del arte, de la semiótica, de los estudios de género, de los estudios *queer*, del psicoanálisis lacaniano, de la estética y de la filosofía, entre otras áreas del conocimiento. Para demostrar sus tesis, el autor expone un complejo análisis de sus objetos de estudio mediante un cuerpo teórico muy extenso y diverso, y un nutrido catálogo de ejemplos provenientes del grabado, la pintura, la literatura, la fotografía, el cine, el teatro, etcétera, de cada periodo histórico que abarca. En su revisión, Domínguez contextualiza y da cuenta de las condiciones histórico-sociales que hacen posible el surgimiento de cada campo de expresión artística y de las características de las obras clave que le sirven de ejemplo para analizar la manera en que han contribuido en la conformación de la masculinidad nacional.

En la primera parte del libro el investigador analiza "la representación que se hace del cuerpo del hombre en el arte y la literatura de las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX" (p. 23). Para ello, aborda las representaciones sensuales del cuerpo masculino en el arte nudista de la Academia de San Carlos, las cuales contrastan con las representaciones nacionalistas de la virilidad de las estatuas de los héroes de la patria de Paseo de la Reforma. De acuerdo con el autor, la sensuali-

dad de las estatuas de San Carlos feminizan el cuerpo del varón al concebirlo como objeto bello digno de admiración, “en una sociedad en la que el hombre debe ser el sujeto que mira el cuerpo femenino” (p. 29). De esta forma, Domínguez concluye que la sensualidad es la primera forma de construcción de la masculinidad en el México de la modernidad.

Entre otros ejemplos literarios y plásticos, en esta primera parte el investigador también analiza el travestismo de los participantes en el famoso baile de los 41, representados en los grabados de José Guadalupe Posada, como una forma de colonialismo, en el que los rasgos viriles de lo nacional son relegados en un afán modernizador. Este travestismo es discutido con mayor detalle en diversos ejemplos de las artes visuales, como las pinturas de Diego Rivera y Antonio Ruiz *el Corcito*, en donde los personajes masculinos travestidos son representados como contrarrevolucionarios y antinacionalistas. En contraposición, los trabajos de pintores como Antonio Rodríguez Lozano, Abraham Ángel y Roberto Montenegro, entre otros, expresan una imagen masculina lánguida y afeminada. Así, en este periodo la representación de la masculinidad en el arte plástico es una lucha constante entre la virilidad y el afeminamiento.

En la segunda parte del libro Domínguez analiza la literatura de la revolución mexicana y, por ejemplo, destaca el carácter homo-social en las relaciones entre Francisco Villa y su asistente —Carlitos Jáuregui— en la novela *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán, estableciendo que en esta obra las nociones de solidaridad y lealtad revolucionarias, como características de una masculinidad viril, adquieren tintes de relación erótica.

Para el autor, en las obras dramáticas, novelísticas y cinematográficas de la época posrevolucionaria se encuentra una postura explícita, casi propagandística, de promoción de la simbiosis entre la masculinidad viril y la imagen del Estado mexicano. Es decir, en el México posrevolucionario, en palabras del autor, “la homosexualidad y el afeminamiento dañan la identidad nacional” porque el Estado debe ser viril, y la homosexualidad es vista como una “enfermedad”.

Más adelante, de la misma manera en que lo hace con las esculturas de la Academia de San Carlos y la pintura y la novela posrevolucionarias, el investigador examina los vínculos entre la cinematografía de los años 1930-1950 y la construcción de la masculinidad nacional, destacando la presencia de la atracción homoerótica, encubierta en posiciones machistas, en películas como *A toda máquina* y *¿Qué te ha dado esa mujer?*, de Ismael Rodríguez, interpretadas por Pedro Infante y Luis Aguilar. A partir de estos ejemplos cinematográficos, Domínguez analiza la rivalidad homo-social de los personajes y destaca la misoginia de los mismos al poner el “afecto de un amigo” por encima del “amor de una novia”, en donde las mujeres son utilizadas como intermediarias de su relación homo-social cargada de veladas manifestaciones homoeróticas.

En la tercera parte, el autor aborda las críticas al machismo que realizan los filósofos y escritores de la primera mitad del siglo xx (Samuel Ramos, Octavio Paz, Carlos Fuentes, José Revueltas, etcétera), en un intento por “modernizar la nación”, lo cual los lleva a cuestionar la connotación masculina de la nación hasta entonces en boga. Tales críticas se sustentan en el reconocimiento de la participación de la violencia en la configuración del machismo y su expresión a través de la homofobia y la misoginia. Además, el investigador analiza el “complejo de inferioridad” de los hombres mestizos e indígenas como resultado de la colonización y su representación en ensayos, novelas, crónicas y etnografías de autores nacionales y extranjeros. Concluye esta sección con la crítica del presidencialismo como emblema del patriarcado mexicano y del Estado paternalista.

En el último capítulo de esta tercera parte, el autor examina los personajes homosexuales y con prácticas homoeróticas de algunas obras de teatro de Hugo Argüelles. Del mismo modo, en el capítulo “Mayate: el *queer* más *queer*”, de la cuarta y última parte del libro (que uno estaría tentado en llamar “la visión de los vencidos”, en tanto que se estudian representaciones de la masculinidad que se desmarcan de la política cultural de Estado), discute tres novelas de temática gay y un documental sobre las prácticas homoeróticas de los hombres de la costa veracruzana. El análisis de estas obras contribuye a demostrar claramente el funcionamiento reduccionista del sistema patriarcal con sus binarismos activo-pasivo, masculino-femenino, joto-mayate, macho-afeminado, etcétera. Así, en el caso de *El vampiro de la colonia Roma*, de Luis Zapata, se devela la homofobia de los chichifos contra los jotos afeminados; en *Las púberes canéforas*, de José Joaquín Blanco, se hace patente el ejercicio de la violencia homofóbica y misógina contra jotos, mayates y trabajadoras sexuales; y finalmente, en el documental *Amor chacal*, de Juan Carlos Bautista y Víctor Jaramillo, el homoerotismo tradicional de Alvarado, Veracruz, es representado como un producto turístico local y nacional. En este sentido, las visiones de estos autores acerca de la homosexualidad y el homoerotismo podrían ser leídas como un contradiscurso respecto a la masculinidad nacional en tanto que contribuyen a desestabilizar las normas patriarcales. Sin embargo, para Domínguez dichas representaciones, si bien son subversivas, no constituyen en sí mismas una visión liberada de la masculinidad. Al respecto, señala: “Las normas patriarcales se reiteran en las relaciones homoeróticas como una suerte de parodia que confirma, más que cuestionar, la institución heterosexual” (p. 137). Así, para el autor ni siquiera en las obras realistas de temática gay y homoerótica de la literatura nacional es posible encontrar una representación alternativa de la masculinidad; quizás esto se deba a que no se puede representar lo que no existe.

En el último capítulo de la cuarta parte del libro el autor aborda al hombre violento, al “hombre invisible”, oculto al público, el que impunemente comete femi-

nicidios desde 1993 en Ciudad Juárez. Domínguez cuestiona aquí la mitificación que los críticos de la violencia hacen del asesino como “un monstruo” y de la víctima como “una santa” (lo que llama “el sistema sacrificial”) porque deshistoriza y despolitiza la violencia y porque, a decir del autor, “garantiza la continuidad del orden violento, lo que beneficia al asesino, quien permanece al margen de las representaciones mientras la víctima es excesivamente visible” (p. 143). Así, al visibilizar a la víctima mediante múltiples representaciones (en teatro, cine de ficción y documental), se protege indirectamente al victimario bajo el manto de lo oculto. Para el investigador todo ello lleva a una caracterización de la hombría como violenta, es decir, “una marca de género masculino”, en donde la invisibilidad de los asesinos refleja la invisibilidad del Estado criminal y autoritario que no resuelve la violencia feminicida y manipula la situación de acuerdos a sus intereses. En este sentido, el autor termina este último capítulo con una afirmación que bien podría ser válida como conclusión de todo el libro:

Es deseable que la violencia motive una reacción general que defienda y preserve la vida, el principio más ético que la humanidad ha concebido. Atreverse a pensar que es posible este contramovimiento es atreverse a pensar que la masculinidad puede liberarse de las limitaciones del patriarcado. Pero, ¿será posible y sucederá alguna vez? Ésa es la pregunta (p. 154).

En resumen, el abordaje histórico, social, cultural, semiótico, estético, psicoanalítico, filosófico, etcétera, que el autor realiza sobre las representaciones de la masculinidad nacional desde el periodo prerrevolucionario hasta los primeros años del presente siglo en las obras artísticas que analiza, lo llevan a develar las tensiones entre homosocialidad y homoerotismo, machismo y misoginia, afeminamiento y virilidad, y homosexualidad y heterosexualidad en la cultura del México contemporáneo. Todo ello lo conduce a demostrar cómo ciertas obras pictóricas, literarias o cinematográficas han sido y continúan siendo vehículos que han contribuido a la consolidación de un Estado mexicano en el que el imaginario de la identidad nacional y las descripciones de la masculinidad están orientadas hacia lo viril como un rechazo a otras formas de relación entre los hombres, y entre los hombres y las mujeres, en donde la homofobia y la misoginia se muestran velada o manifiestamente.

Una de las muchas aportaciones de este libro es que contribuye con elementos de análisis básicos para realizar posteriores estudios de las identidades nacionales de género y sus devenires en la actualidad posmoderna. En este sentido, esta obra plantea muchos retos y preguntas para futuros y futuras estudiosos, ya que el camino que ha continuado el autor todavía presenta muchos vacíos que la investigación debe llenar.

Sin embargo, la aportación más valiosa de Héctor Domínguez en su acucioso análisis cultural de la participación del Estado en la construcción del imaginario nacional sobre la masculinidad —desde sus representaciones más sensuales hasta las más violentas—, es su visión crítica y deconstructiva del poder y del sistema patriarcal en el México contemporáneo.